

# Vender y no comprar *Jean-Baptiste Say*

Los economistas clásicos se burlaron del mercantilismo y dieron buenos alegatos en contra de él, pero el mundo nunca ha dejado de ser mercantilista, y lo es cada día con más ahinco, aunque con nuevas razones y nuevos procedimientos agregados a los antiguos. En lo que no tuvieron razón los clásicos es en considerar el mercantilismo como un simple extravío de la razón, que sólo merecía el menosprecio; en lugar de eso debieron hacer una seria investigación de los motivos a que obedecía. Pensar que un sistema que ha durado siglos, y que dura todavía, no es más que el resultado de un capricho absurdo, constituye un desconocimiento de la naturaleza humana, que si muchas veces persiste en el error, por rutina, jamás en la mente del hombre deja de abrirse camino una verdad, si quiera sea tardíamente.

Lo que sucede es que el hombre no se guía por razones teóricas, sino por motivos pragmáticos que podrán ser irracionales, pero que no se logrará desterrar sin hacer desaparecer las causas empíricas a que obedece su conducta, en apariencia ilógica.

Puesto que el fin del comercio es el cambio, ese empeño de vender y no comprar, que constituye hace por lo menos cinco centurias el objetivo de la política comercial de todos los países, resulta insólito. Indudablemente se halla ligado a esa superproducción que parece ahogar a todos los países en tiempo de paz. Padecen las naciones de una sed inextinguible de liquidez; dar salida a las mercancías y acopiar dinero es su objetivo.

Esto no era injustificado antes del siglo XVIII, cuando la moneda de curso legal era tan sólo el oro y la plata, que había que importar si se quería tener más dinero. Sin aumentar el acervo monetario, no había modo de hacer circular más mercancías. Financiar una producción mayor con la misma masa de moneda era causar la baja de los precios y sumirse más en el marasmo de la depresión que caracteriza aquella época del naciente capitalismo de empresa privada, sólo interrumpido y mitigado por la afluencia de metales de los nuevos veneros del hemisferio recién descubierto.

En un régimen como el presente, de moneda de papel y escriptural, importar oro no tiene otro objeto que aumentar las reservas áureas, esas reservas que se ocultan en los sótanos de los Bancos de emisión, esas reservas de que nos dijo el Profesor Robertson: «Son cosas engañosas, y más que engañosas si hay que tomarlas a préstamo; las pri-

meras de nada sirven si no se utilizan, y las segundas no sirven de nada si se utilizan. Las propias no suplen a una razonable política comercial, y las prestadas sólo pueden aceptarlas quienes tienen una firme política monetaria».

Comprar más que vender es una de las cosas de la que se defienden las naciones con tanto ahinco como un buen cristiano del demonio. Si pudieran vender sin comprar, cerrarían las puertas a la entrada de toda mercancía extranjera y considerarían un gran triunfo haber conseguido esto. En todo trato comercial, de lo que se trata por cada una de las partes es de asegurar la mayor cuantía de exportaciones a cambio de la menor de importaciones. De este modo, el intercambio comercial, que debiera ser una cuestión de mutuo interés, se convierte en un motivo de hostilidad y lucha; las reservas no son una previsión o precaución sino, como en la guerra, una estrategia de combate.

Lo que hay que preguntarse es si esa posición es natural o responde a alguna anomalía de nuestro régimen económico. Si la finalidad del comercio es intercambiar los productos, y el beneficio del cambio es mutuo para ambos participantes ¿a qué obedece esa gitanería que se emplea para ver de vender sin comprar o comprar lo menos posible?

No se nos venga ya con la necesidad de las reservas, pues tales reservas no tienen otro objeto racional que mantener fijos los cambios cuando el desnivel de las balanzas de pagos los haría variar, mas la fijeza de los cambios es algo que ya casi nadie cree posible, aunque haya todavía algunos que la juzgan deseable. Ciertamente que todavía son bastantes, especialmente entre gentes ignaras y algunas que no debieran serlo, los que atribuyen a esas reservas una influencia metafísica, una influencia que se ejerce aunque no se utilicen, esa influencia precisamente que el sentido común niega por la boca autorizada de un gran economista mundial.

Hay, por este camino, muchas cosas que parecen extravagancias. Norteamérica tiene en sus arcas la mayor parte del oro del mundo; su potencialidad industrial es enorme; sus recursos naturales inmensos y variados; todos los países necesitan más de la gran Unión Americana, que ella necesita de los demás. Sin embargo, su política es altamente proteccionista y, aunque al final de cada guerra promete abrir sus mercados, reconociendo que la política de guerra comercial es poco propicia para crear un ambiente de paz y colaboración fecunda,

algo más fuerte que sus buenos propósitos se lo impide siempre, y no más lejos que este mismo año, ha aumentado, en magnitudes que alcanzan al 50 %, sus derechos arancelarios sobre los relojes suizos. La relojería americana necesita que se encarezca mucho la relojería suiza para poder vender la producción propia; y tanto más ricos son los súbditos americanos, tanto menos les importa pagar muy caro un buen reloj, y tanto mayor habrá de ser la diferencia de precio en el mercado americano, entre los excelentes relojes suizos y los inferiores del país. Esto demuestra que no es la constitución de reservas lo que importa; lo que importa es vender y ocupar a toda la población laboriosa, para la cual nunca andan sobradas las tareas. Nada temerá más un político, que el que le amenacen con el cierre de una fábrica, con el despido de unos obreros; aumentar el paro o provocarlo siempre será inhumano e impolítico.

Cuando se lee a los autores mercantilistas de hace cuatro siglos, asombra ver que sus motivos eran los mismos de ahora: procurar la mayor cantidad de trabajo para los súbditos nacionales, no acopiar oro y plata como les imputaron sus adversarios. El importar metales no era más que el medio y, circunstancialmente, el resultado de su política. Lo que pasaba es que los productos ajenos podían ser una competencia para el trabajo nacional: la baja de los precios y la crisis, con su secuela de recrudescimiento del paro, en tanto que la importación de metales monetarios producía los efectos inversos.

Ya se ha comentado bastantes veces lo que pasó, a raíz de la primera guerra mundial, con las deudas resultantes de ella. Toda Europa era deudora de los Estados Unidos, los unos por la ayuda financiera prestada, los otros por indemnizaciones que habían de pagar. El único modo de pagarlas era que los acreedores hubieran abierto su enorme mercado a los productos de los países deudores, los cuales no hubieran querido nada mejor que inundarlos con ellos, aunque hubiera sido en pago de deudas. Eso les hubiera permitido resolver, o al menos mitigar, su problema de paro. Pero América hacía todo menos eso. Pedía que le pagaran y simultáneamente elevaba sus aranceles para obstaculizar la entrada de mercancías ajenas. Lo único que admitía libremente era oro, oro que se enterraba en seguida en unos profundos sótanos y no era una competencia para nadie, ni siquiera para la pequeña minería aurífera del país que tenía asegurado un precio fijo en dólares para su producción. El oro importado no embarazaba el mercado, en tanto que las demás mercancías quitaban tra-

bajo a los naturales del país, y América tenía ya millones de parados.

Pero la cosa había de tener un término. Todo el oro del orbe, que constituye una porción muy pequeña de su riqueza y de su producción, no podía bastar indefinidamente para pagar. El oro no puede ser más que un vehículo de riqueza, que tiene que hacer el viaje de ida y vuelta, lo mismo que los bajeles; si se van quedando en el punto de destino, se acaba en la incomunicación. Al fin pasó que hubo que perdonar las deudas, empezando por declarar la moratoria (Hoover, 1931). Prefirió Norteamérica no cobrar que cobrar en mercancías.

En otros términos, está ahora repitiéndose la misma historia. Parece bien extraño que América prefiera regalar sus productos a cobrarlos. Para nuestros razonamientos, que suelen seguir la línea individual de conducta, esto es altamente sorprendente, y quizás no parezca menos extraño que los favorecidos no quieran que se los regalen, sino que prefieren pagarlos.

Sin duda, no se puede enjuiciar la política de un país por motivos exclusivamente económicos; pesan en ella motivos superiores; pero aun limitándonos a lo económico, que es lo nuestro, la cosa no es completamente incomprensible.

Si comparamos la renta nacional de los Estados Unidos, en los años que abarca la última gran crisis, o sea 1929 y siguientes, tenemos que en cuatro años, de 1929 a 1933, pasa del índice 100 al 45 la renta nominal; y la real, descontando lo que se debe a baja de precios, pasa a ser del 60 %. Ese bajón puede depender de un desequilibrio original muy pequeño: un ligero exceso de algún artículo básico, acumulándose en los depósitos, obliga a reducir la producción, y disminuye la renta global y, con ello, la demanda y los precios, lo cual destruye los márgenes de beneficio de las empresas que, obedeciendo a esta indicación categórica del mercado, aminoran su producción. La falta de renta disminuye la demanda general, disminución que se refleja en todos los mercados de consumo y todavía más en los de artículos de capital, pues a nadie se le ocurre implantar nuevas fábricas y empresas cuando se hallan en pérdida las que funcionan. De este modo, de un pequeño excedente original se puede llegar a un descenso de producción espectacular. ¿Es un mal negocio sacrificar un 2 % de la renta nacional, que se dice que importa la ayuda americana al mundo, para evitar un caída del 40 o del 50 %?

Pero los demás tienen las mismas razones para mirar esto con recelo. Si un país, liberándose de un excedente de producción que podría desarticlar su mercado, impide que se cebe la crisis ¿qué

les podrá ocurrir a los que, además de los productos propios susceptibles de quedar sin salida, reciben otros que hagan innecesarios parte de aquéllos? ¿No tendrán más peligro de caer en la crisis y en el paro?

Imaginemos una hipotética nación, a la que se quisiera convertir en un país de Jauja, ofreciendo a su gobierno darle gratuitamente todo cuanto necesitaran sus súbditos. Esto no quiere decir que se pudiera proceder al reparto totalmente gratuito, pues teniendo el Estado necesidad de una Administración, que exige recursos, y no siendo cómodo pagar a los funcionarios en especies de consumo, habría que obtener esos recursos de las ventas de las provisiones regaladas, al no haber ni una renta ni una producción que gravar. ¿Y cómo las comprarían los ciudadanos que viven al día y que forman la gran masa? Habría que hacer reparos periódicos de dinero, para dar medios de adquirir las subsistencias, cuyo margen de venta subvendría a los gastos de la Administración.

Y la población de ese país maravilloso no tendría otra cosa que hacer que tumbarse al sol y consumir lo a tan poco coste adquirido. ¿Sería verdaderamente ese país el soñado país de Jauja? Probablemente no. Dedicaría sus ocios no escasos a discutir la justicia del reparto y el concusionismo de los administradores; lo más probable es que fuera un país de iracundias políticas, acaso pienso a la guerra civil.

Si algo demuestra este apólogo, es que ni el famoso país de Jauja representaría un bello ideal, y que no se ha inventado mejor fórmula de convivencia que la de que cada cual adquiriera el sustento con el sudor de su frente. Lo único necesario es que todos puedan hacerlo y todos tengan que hacerlo.

Esta es seguramente la honda razón de la tesis mantenida por representantes de los más diversos países en la Escuela Bancaria de Granada: «No queramos ayuda, sino cooperación; no queremos caridad internacional, sino comercio internacional; no dádiva, sino trabajo.» La misma razón que lleva a los unos a ser generosos, lleva a los otros a rehuir la generosidad. Lo que piden éstos es comprar lo que pueden darles los primeros, pagándolo con lo que son capaces de producir en exceso. Esto es razonable. Sólo que eso que es razonable, no será posible en tanto no se vea manera de que los pueblos no se sientan agobiados por el espectro de la sombra de producción y la falta de ocupación. Si como Keynes y sus discípulos afirman éste es un mal normal, necesariamente endémico, de difícil y dudoso remedio, tendremos que renunciar a tener un régimen de pacífico comercio, que sería la principal garantía de paz.

GERMAN BERNACER

FONDO DOCUMENTAL

